

**ITINERARIO
FAMILIA TERESIANA
DE ENRIQUE DE OSSÓ**



*Familia Teresiana
de Enrique de Ossó*

FAMILIA TERESIANA DE ENRIQUE DE OSSÓ ITINERARIO

ESPIRITUALIDAD Y MISION DE LA FAMILIA TERESIANA DE ENRIQUE DE OSSÓ

El mundo va envejeciendo... -pero- Dios, que ha hecho sanables las naciones, ha dejado en su seno gérmenes de vida y restauración. Algunas brasas del fuego divino ocultas bajo la capa de... esperan que un soplo poderoso las avive, que una mano próspera acerque... ¿Dónde está esa mano? ¿Dónde ese soplo? ¿Quién renovará esos carbones, que van apagándose, hasta arrancarles chispas que recorran la tierra y encender llamas que al cielo lleguen? Vosotras/os debéis decidir si la sociedad entera ha de ser de Jesucristo. (Cfr. Llamamiento a las Jóvenes Católicas, RT noviembre-1873, pág. 52-55)



PREPARAMOS LA MESA

La espiritualidad que se nos ha regalado como herencia y que la hemos recibido gratuitamente, porque a Dios le pareció bien, nos convoca y une como familia teresiana. Cada uno de nosotros, en un momento de nuestras vidas, hemos sentido el gozo de sabernos llamados y tocados por Enrique, por Teresa. Hoy vamos a pasar por el corazón, recordando ese momento especial y compartiendo la vida que hemos recibido.

Dinámica: de corazón a corazón, caldeamos el ambiente.

Este encuentro lo haremos de dos en dos. Para ello nos sentamos uno frente al otro, cuidando que el corazón de uno, esté equidistante con el corazón del otro. Sentados así, frente a frente, vamos a compartir el momento en el que nos hemos sentido tocados por el carisma teresiano. Un día, un recuerdo, una experiencia especial, que marcó mi encuentro con el carisma. Podríamos decir: la experiencia fundante de mi vida como teresiano y teresiana.

Una vez que hemos terminado el compartir, nos acercamos a la mesa y vemos sobre ella, como un mantel, el logo de la familia teresiana de Enrique de Ossó. Observamos el logo, dejamos que fluyan ideas, recuerdos, sentimientos, frases y las escribimos sobre el logo. Pensamos en quién ha sido brasa, en quiénes han nutrido nuestras raíces en la familia, lo que nos aporta la rama de la FT a la que pertenecemos, los frutos que vamos ofreciendo...y dibujamos cada uno/a nuestro logo personal.

Canto: Él llegó con su palabra o un canto similar.



NOS ALIMENTAMOS DE LA PALABRA DE DIOS

"Al día siguiente estaba allí de nuevo Juan y dos de sus discípulos y, fijándose en Jesús que pasaba, dijo: 'He aquí el Cordero de Dios'. Los dos discípulos, al oírle hablar así, siguieron a Jesús. Se volvió Jesús y, viendo que le seguían, les preguntó: '¿Qué buscáis?'. Ellos le dijeron: 'Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives?'. Les respondió: 'Venid y veréis'. Fueron y vieron dónde vivía, y permanecieron aquel día con él. Era alrededor de la hora décima". (Jn 1, 38-39)

Andrés, el hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan y siguieron a Jesús. Encontró primero a su hermano Simón y le dijo: 'Hemos encontrado al Mesías, que significa el Cristo. Y lo llevó a Jesús. Mirándolo Jesús le dijo: 'Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas, que significa Piedra.

Jesús sigue siendo para ellos un desconocido, pero, al oír al Bautista, algo se despierta en su interior. Abandonan al que hasta ahora ha sido su profeta y maestro y «siguen a Jesús». Se apartan del Bautista y comienzan un camino nuevo. Todavía no saben a dónde los puede llevar este desconocido, pero ya están tras sus pasos. Así comienza casi siempre el seguimiento a Jesús. De alguna manera, así estamos empezando también nosotros este camino.

Durante un cierto tiempo caminan en silencio. No ha habido todavía un verdadero contacto con Jesús. Sólo expectación. Jesús rompe el silencio y les hace una pregunta, no muy fácil de contestar: «¿Qué buscáis?», ¿Qué esperáis de mí? ¿Por qué me seguís precisamente a mí? Hay cosas que conviene aclarar desde el comienzo: ¿Qué buscamos al orientar nuestra vida en dirección a Jesús?

Dejamos que esta Palabra que nos relata el encuentro de los discípulos con Jesús, ilumine también nuestra experiencia de encuentro con Jesús a través del carisma teresiano. ¿Cómo nos ilumina? ¿A qué nos invita?

NOS ALIMENTAMOS DE NUESTROS MAESTROS

UN MODO TERESIANO DE ENTENDER A LA PERSONA

PALABRA DE TERESA DE JESÚS

"... se me ofreció lo que ahora diré para comenzar con algún fundamento, que es: considerar nuestra alma como un castillo todo de un diamante o muy claro cristal adonde hay muchos aposentos así como en el cielo hay

muchas moradas; que, si bien lo consideramos, hermanas, no es otra cosa el alma del justo sino un paraíso adonde dice Él tiene sus deleites. Pues ¿qué tal os parece que será el aposento adonde un rey tan poderoso, tan sabio, tan limpio, tan lleno de todos los bienes se deleita? No hallo yo cosa con qué comparar la gran hermosura de un alma y la gran capacidad; y verdaderamente apenas deben llegar nuestros entendimientos, por agudos que fuesen, a comprenderla, así como no pueden llegar a considerar a Dios, pues Él mismo dice que nos crió a su imagen y semejanza. Pues, si esto es como lo es, no hay para qué nos



cansar en querer comprender la hermosura de este castillo; porque, puesto que hay la diferencia de él a Dios que del Criador a la criatura, pues es criatura, basta decir Su Majestad que es hecha a su imagen para que apenas podamos entender la gran dignidad y hermosura del ánimo. ¿No es pequeña lástima y confusión que por nuestra culpa no entendamos a nosotros mismos ni sepamos quién somos? ¿No sería gran ignorancia, hijas mías, que preguntasen a uno quién es y no se conociese ni supiese quién fue su padre ni su madre ni de qué tierra? Pues si esto sería gran bestialidad, sin comparación es mayor la que hay en nosotras cuando no procuramos saber qué cosa somos, sino que nos detenemos en estos cuerpos y así a bulto, porque lo hemos oído y porque nos lo dice la fe, sabemos que tenemos almas. Mas qué bienes puede haber en esta alma o quién está dentro en esta alma o el gran valor de ella, pocas veces lo consideramos; y así se tiene en tan poco procurar con todo cuidado conservar su hermosura. Todo se nos va en la grosería del engaste o cerca de este castillo, que son estos cuerpos. Pues consideremos que este castillo tiene, como he dicho, muchas moradas: unas en lo alto, otras en bajo, otras a los lados; y en el centro y mitad de todas éstas tiene la más principal, que es adonde pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma. (I M 1, 1 – 3)

PALABRA DE ENRIQUE

Además, el niño es humilde, dócil, respetuoso con quien le trata con respeto y atención, y sobre todo es sumamente fácil ganarle el corazón. Con mostrarle con verdad que se le ama, al momento os dará todo, todo su corazón, sin reserva, con completa, ciega y absoluta confianza, y sabido es que quien es dueño del corazón, es dueño de todo el hombre, puede hacer de él lo que quiera. Entonces, pues, el Catequista tendrá a su mano el sembrar mejor, el hacer que el germen de la virtud se desarrolle y fructifique grandemente, sofocando por ende el germen de los vicios contrarios. Una vez contraído el hábito de la virtud, el sentimiento del pudor cristiano la arraigará en su alma, e instintivamente cobrará aversión al mal: cuando mayorcitos, no tendrán casi más que seguir la inclinación de las primeras impresiones, hacer por principio de fe lo que hacían por costumbre, y andarán de este modo con leve dificultad el camino del cielo. *Amor meus pondus meum*, decía san Agustín, y así como sin ningún esfuerzo, antes con gusto especial, si es lícito hablar así, todos los cuerpos pesados se dirigen a su centro, esos corazones cristianos, que llevan en su alma el amor a la virtud, se inclinarán, buscarán y abrazarán suavemente, sin ninguna dificultad, todo lo honesto y virtuoso, el Corazón de Jesús, centro de todo lo bueno y bello que hay esparcido por la creación. Por el contrario, si el niño cristiano, tierno arbolito que está plantado junto las corrientes de la gracia del cielo que todo lo vivifica, no echa sus raíces, no es fecundado con ese riego celestial, ese árbol crecerá, sí, pero plantado en la tierra espinosa del mundo, regado con el agua ponzoñosa de la iniquidad, y sus frutos y aun sus hojas no serán de bendición y de salud para las gentes como el justo de que nos habla la Escritura santa. (*Apocalip. XXII, 2*), sino de corrupción, muerte y ruina del mundo y de la cristiandad. *Adeo a teneris assuescere malum est!* Es, pues, la santificación de los niños la parte principal, lo esencial de la enseñanza catequística, toda vez que es la más sólida y la más segura garantía de su eterna salvación. (Guía Práctica del Catequista, Capítulo 8, 1)

UN MODO TERESIANO DE ENTENDER A DIOS

PALABRA DE TERESA DE JESÚS

Pues mirad que dice San Agustín que le buscaba en muchas partes y que le vino a hallar dentro de sí mismo. ¿Pensáis que importa poco para un alma derramada entender esta verdad, y ver que no ha menester para hablar con su Padre Eterno ir al cielo, ni para regalarse con Él, ni ha menester hablar a voces? Por paso que hable, está tan cerca que nos oirá; ni

ha menester alas para ir a buscarle, sino ponerse en soledad y mirarle dentro de sí y no extrañarse de tan buen huésped; sino con gran humildad hablarle como a Padre, pedirle como a Padre, contarle sus trabajos, pedirle remedio para ellos, entendiendo que no es digna de ser su hija. (CV 28, 2)

Hagamos ahora cuenta que es Dios como una morada o palacio muy grande y hermoso, y que este palacio, como digo, es el mismo Dios. (VI M 10, 3)

No me ha venido trabajo que, mirándoos a Vos cual estuvisteis delante de los jueces, no se me haga bueno de sufrir. Con tan buen amigo presente, con tan buen capitán que se puso en lo primero en el padecer, todo se puede sufrir; es ayuda y da esfuerzo; nunca falta; es amigo verdadero. Y veo yo claro - y he visto después - que para contentar a Dios y que nos haga grandes mercedes, quiere sea por manos de esta Humanidad Sacratísima, en quien dijo Su Majestad se deleita. Muy muchas veces lo he visto por experiencia; hámelo dicho el Señor. He visto claro que por esta puerta hemos de entrar si queremos nos muestre la soberana Majestad grandes secretos. Así que vuestra merced, señor, no quiera otro camino, aunque esté en la cumbre de contemplación. Por aquí va seguro. Este Señor nuestro es por quien nos vienen todos los bienes; Él lo enseñará. Mirando su vida, es el mejor dechado. ¿Qué más queremos de un tan buen amigo al lado, que no nos dejará en los trabajos y tribulaciones, como hacen los del mundo? Bienaventurado quien de verdad le amare y siempre le trajere cabe sí. Miremos al glorioso San Pablo, que no parece se le caía de la boca siempre Jesús, como quien le tenía bien en el corazón. Yo he mirado con cuidado, después que esto he entendido, de algunos santos, grandes contemplativos, y no iban por otro camino. San Francisco da muestra de ello en las llagas; San Antonio de Padua [en] el Niño; San Bernardo se deleitaba en la Humanidad; Santa Catalina de Sena, otros muchos que vuestra merced sabrá mejor que yo. (V 22, 6 – 7)

PALABRA DE ENRIQUE

Pensar como Cristo Jesús, sentir como Cristo Jesús, amar como Cristo Jesús, obrar como Cristo Jesús, conversar como Cristo Jesús, hablar como Cristo Jesús, conformar, en una palabra, toda nuestra vida con la de Cristo, revestirnos de Cristo Jesús, he aquí el único negocio y ocupación esencial, primera de todo cristiano. Porque cristiano quiere decir *alter Christus*, otro Cristo, y nadie puede salvarse si no fuere hallado conforme con la imagen de Cristo. Mas para conformarnos con la vida de Cristo Jesús es ante todo menester estudiarla, saberla, meditarla, y no sólo en su corteza exterior, sino entrando en los sentimientos, afectos, deseos, intenciones de Cristo Jesús, para hacerlo todo en unión perfecta con Él...

Pues, ¿cómo, por ejemplo, aprenderemos su mansedumbre y humildad; cómo en cada acción nos pondremos delante a Cristo para imitarle si no conocemos los sentimientos de su Corazón al practicarlos? Porque Cristo vivió, y comió, y durmió, y habló, y calló, y anduvo, y se cansó, y descansó, y sudó, y tuvo hambre, sed, pobreza, etc., etc., trabajó, en una palabra, padeció y murió por nosotros, por nuestra salud.

¿Por qué, pues, no nos hemos de hacer o representar a Jesús práctico, real, digámoslo así, y no teórico o ideal, que es causa de que no le amemos e imitemos en todas las cosas como debemos?

Porque cuando yo digo Cristo Jesús me represento a un niño agraciado, o a un joven gallardo o de edad madura, con todas las gracias y encantos que la Divinidad podía derramar en un alma y cuerpo humanos; pero también al mismo tiempo me lo represento sujeto a todas

nuestras miserias, excepto el pecado, por mi amor; porque es nuestro hermano, carne de nuestra carne, sangre de nuestra sangre y hueso de nuestros huesos. Este es, pues, mi Jesús, Dios y Hombre verdadero, vivo, personal, que se dejó ver en la tierra y vivió, conversó con nosotros, hombres, por treinta y tres años, ya que por nuestra salud siendo Verbo Eterno del Padre descendió del cielo, se encarnó, padeció, murió, resucitó, subió a los cielos y se quedó entre nosotros hasta la consumación de los siglos para ser nuestro compañero, consuelo y alimento en el Santísimo Sacramento del altar. (Prólogo a Un mes en la Escuela del SCJ)

UN MODO TERESIANO DE ENTENDER EL MUNDO

PALABRA DE TERESA DE JESÚS

¿Pensáis que importa poco saber qué cosa es cielo y adónde se ha de buscar vuestro sacratísimo Padre? Pues yo os digo que, para entendimientos derramados, que importa mucho no sólo creer esto, sino procurarlo entender por experiencia, porque es una de las cosas que ata mucho el entendimiento y hace recoger el alma. Ya sabéis que Dios está en todas partes. Pues claro está que adonde está el rey, allí dicen está la corte; en fin, que adonde está Dios es el cielo. Sin duda lo podéis creer, que adonde está Su Majestad está toda la gloria. (CV 28, 1)

PALABRA DE ENRIQUE

El mundo, hermanas mías en Jesucristo, va envejeciendo, y bajo el peso de sus pecados e ingratitudes se extingue la luz de la fe y ahógase la llama de la caridad. La decrepita Europa muere, helado su corazón del que podría creerse se retira el calor de la sangre de Cristo. Mas Dios nuestro Señor, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva; Dios, que ha hecho sanables las naciones, ha dejado en su seno gérmenes de vida y restauración. Algunas brasas del fuego divino ocultas bajo la capa de ceniza que han amontonado nuestras culpas esperan que un soplo poderoso las avive, que una mano pródiga acerque combustible para producir el fervor de mejores días. ¿Dónde está esa mano? ¿Dónde ese soplo? ¿Quién renovará esos carbones, que van apagándose, hasta arrancarles chispas que recorran la tierra y encender llamas que al cielo lleguen?

Vosotras... (Llamamiento)

UN MODO TERESIANO DE ENTENDER LA IGLESIA

PALABRA DE TERESA DE JESÚS

“En este tiempo vinieron a mi noticia los daños de Francia y el estrago que habían hecho estos luteranos, y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta. Diome gran fatiga, y como si yo pudiera algo o fuera algo, lloraba con el Señor y le suplicaba remediase tanto mal. Parecíame que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que allí se perdían. Y como me vi mujer y ruin e imposibilitada de aprovechar en lo que yo quisiera en el servicio del Señor, y toda mi ansia era, y aún es, que pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que éstos fuesen buenos, determiné a hacer eso poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo, confiada en la gran bondad de Dios que nunca falta de ayudar a quien por Él se determina a dejarlo todo...” (CV 1, 2) “...acertó a

venirme a ver un fraile francisco, llamado fray Alonso Maldonado, harto siervo de Dios y con los mismos deseos del bien de las almas que yo, y podíalos poner por obra, que le tuve yo harta envidia. Éste venía de las Indias poco había. Comenzóme a contar de los muchos millones de almas que allí se perdían por falta de doctrina, e hízonos un sermón y plática animándonos a la penitencia, y fuese. Yo quedé tan lastimada de la pérdida de tantas almas, que no cabía en mí. Fuime a una ermita con hartas lágrimas; clamaba a Nuestro Señor, suplicándole diese medio cómo yo pudiese algo para ganar algún alma para su servicio, pues tantas llevaba el demonio, y que pudiese mi oración algo, ya que yo no era para más. Había gran envidia a los que podían por amor de Nuestro Señor emplearse en esto, aunque pasasen mil muertes. Y así me acaece que cuando en las vidas de los santos leemos que convirtieron almas, mucha más devoción me hace y más ternura y más envidia, que todos los martirios que padecen (por ser ésta la inclinación que Nuestro Señor me ha dado), pareciéndome que precia más un alma que por nuestra industria y oración le ganásemos mediante su misericordia, que todos los servicios que le podemos hacer. Pues andando yo con esta pena tan grande, una noche, estando en oración, representóseme Nuestro Señor de la manera que suele, y mostrándome mucho amor, a manera de quererme consolar, me dijo: “Espera un poco, hija, y verás grandes cosas”. (F 1, 7 – 8)

PALABRA DE ENRIQUE

Si el fin del Catequista es formar en el corazón de los niños la imagen perfecta de Jesús; darlos a luz otra vez, como dice el Apóstol, hasta que se forme en ellos Jesús; revestirlos de los mismos sentimientos y afectos que Cristo Jesús tiene en su Corazón; si para fin tan alto, para que enamore y cautive todo el afecto de la niñez, necesita herosear esta imagen, avivar su colorido, e imprimirle animación, menester es que esta imagen divina de Jesús se halle perfectamente grabada, esculpida en el alma del Catequista, que la aprehenda con viveza, que la contemplación de su belleza celestial forme todas sus delicias, y llene su espíritu y satisfaga su corazón: en una palabra, que al presentar a los niños la imagen celestial de Jesús orlada con todos los despojos y victorias que ha conseguido sobre el corazón humano en todos los siglos, les diga con el mismo espíritu con que un día hizo oír su voz el Eterno Padre al descubrirla al mundo: *Hic est Filius meus dilectus*: «Éste es mi amado Jesús, en quien tengo todas mis complacencias»; contempladle con atención, oídle con amor, amadle sobre todas las cosas, porque es todo amable, todo deseable. (Guía Práctica del Catequista, Capítulo 6, 1)



HACEMOS ESPACIO EN NUESTRA MESA PARA OTRAS PALABRAS

"El punto de partida de la espiritualidad de la [Familia Teresiana] es la espiritualidad de su Fundador, tal como se manifestó en su práctica, en sus enseñanzas, en sus escritos, es decir, en el conjunto de su vida. Nos encontramos de lleno en el campo de la experiencia y desde la óptica de lo espiritual. Por experiencia entendemos una realidad compleja, abarcadora de la persona. Es el proceso que surge desde las tendencias, deseos y valores hasta la conciencia con la que la persona se sitúa frente a sí misma., a los demás y a la realidad circundante, constituyendo un horizonte propio. La adjetivación espiritual añade a lo anterior la perspectiva de lo trascendente, puesto que en cada caso, la referencia es el encuentro entre la persona y Dios.

Desde esta óptica, acercarnos a la experiencia espiritual apostólica de Enrique de Ossó significa asomarse al misterio de Dios presente en la historia, las mediaciones por las

cuales Enrique lo fue interiorizando, hasta configurar un horizonte de fe, desde el cual contempló y acogió el espacio histórico que le tocó vivir, dialogó con Dios y actuó.

Sólo desde esta clave podemos hoy explicarnos tanto sus profundas decisiones como la acción apostólica desplegada en obediencia al Espíritu, rica espiritualidad que es legado para la [Familia Teresiana] y para la Iglesia." (Gloria Rodríguez, Silvia Casado, *Experiencia espiritual de Enrique de Ossó*, ed. STJ, 1995, pág. 9)

"El primer objetivo es mirar al pasado con gratitud. Cada Instituto viene de una rica historia carismática. En sus orígenes se hace presente la acción de Dios que, en su Espíritu, llama a algunas personas a seguir de cerca a Cristo, para traducir el Evangelio en una particular forma de vida, a leer con los ojos de la fe los signos de los tiempos, a responder creativamente a las necesidades de la Iglesia. La experiencia de los comienzos ha ido después creciendo y desarrollándose, incorporando otros miembros en nuevos contextos geográficos y culturales, dando vida a nuevos modos de actuar el carisma, a nuevas iniciativas y formas de caridad apostólica. Es como la semilla que se convierte en un árbol que expande sus ramas.

Poner atención en la propia historia es indispensable para mantener viva la identidad y fortalecer la unidad de la familia y el sentido de pertenencia de sus miembros. No se trata de hacer arqueología o cultivar inútiles nostalgias, sino de recorrer el camino de las generaciones pasadas para redescubrir en él la chispa inspiradora, los ideales, los proyectos, los valores que las han impulsado, partiendo de los fundadores y fundadoras y de las primeras comunidades. También es una manera de tomar conciencia de cómo se ha vivido el carisma a través de los tiempos, la creatividad que ha desplegado, las dificultades que ha debido afrontar y cómo fueron superadas. Se podrán descubrir incoherencias, fruto de la debilidad humana, y a veces hasta el olvido de algunos aspectos esenciales del carisma. Todo es instructivo y se convierte a la vez en una llamada a la conversión. Recorrer la propia historia es alabar a Dios y darle gracias por todos sus dones.

Al hacer memoria de los orígenes sale a luz otra dimensión más del proyecto de vida consagrada. Los fundadores y fundadoras estaban fascinados por la unidad de los Doce en torno a Jesús, de la comunión que caracterizaba a la primera comunidad de Jerusalén. Cuando han dado vida a la propia comunidad, todos ellos han pretendido reproducir aquel modelo evangélico, ser un sólo corazón y una sola alma, gozar de la presencia del Señor (cf. *Perfectae caritatis*, 15).

Vivir el presente con pasión es hacerse «expertos en comunión», «testigos y artífices de aquel “proyecto de comunión” que constituye la cima de la historia del hombre según Dios» En una sociedad del enfrentamiento, de difícil convivencia entre las diferentes culturas, de la prepotencia con los más débiles, de las desigualdades, estamos llamados a ofrecer un modelo concreto de comunidad que, a través del reconocimiento de la dignidad de cada persona y del compartir el don que cada uno lleva consigo, permite vivir en relaciones fraternas.

Espero, pues, que mantengáis vivas las «utopías», pero que sepáis crear «otros lugares» donde se viva la lógica evangélica del don, de la fraternidad, de la acogida de la diversidad, del amor mutuo. Los monasterios, comunidades, centros de espiritualidad, «ciudades», escuelas, hospitales, casas de acogida y todos esos lugares que la caridad y la creatividad carismática han fundado, y que fundarán con mayor creatividad aún, deben ser cada vez más la levadura para una sociedad inspirada en el Evangelio, la «ciudad sobre un monte» que habla de la verdad y el poder de las palabras de Jesús.

El Año de la Vida Consagrada no sólo afecta a las personas consagradas, sino a toda la Iglesia. Me dirijo, pues, a todo el pueblo cristiano, para que tome conciencia cada vez más del don de tantos consagrados y consagradas, herederos de grandes santos que han fraguado la historia del cristianismo. ¿Qué sería la Iglesia sin san Benito y san Basilio, san Agustín y san Bernardo, san Francisco y santo Domingo, sin san Ignacio de Loyola y santa Teresa de Ávila, santa Ángela Merici y san Vicente de Paúl? La lista sería casi infinita, hasta san Juan Bosco, la beata Teresa de Calcuta. El beato Pablo VI decía: «Sin este signo concreto, la caridad que anima la Iglesia entera correría el riesgo de enfriarse, la paradoja salvífica del Evangelio de perder garra, la “sal” de la fe de disolverse en un mundo de secularización» (Evangelica testificatio, 3).

Invito por tanto a todas las comunidades cristianas a vivir este Año, ante todo dando gracias al Señor y haciendo memoria reconocida de los dones recibidos, y que todavía recibimos, a través de la santidad de los fundadores y fundadoras, y de la fidelidad de tantos consagrados al propio carisma. Invito a todos a unirse en torno a las personas consagradas, a alegrarse con ellas, a compartir sus dificultades, a colaborar con ellas en la medida de lo posible, para la realización de su ministerio y sus obras, que son también las de toda la Iglesia. Hacedles sentir el afecto y el calor de todo el pueblo cristiano " (*Carta de Francisco por el año de la vida consagrada*, 21 de noviembre de 2014)

Compartimos carisma y misión con los laicos. Con ellos profundizamos en la vivencia de nuestro carisma y acogemos el don de su propia vocación. Nuestra vinculación con el MTA nos compromete de forma especial con su vida y desarrollo como movimiento laical. Acogemos y promovemos otras modalidades de vida laical teresiana. (Constituciones STJ Art. 34)

DOCUMENTOS IMPORTANTES A LOS QUE PODEMOS RECURRIR

Una visión compartida sobre espiritualidad teresiana.

Espiritualidad del MTA (Estatutos)

Constituciones STJ

- Capítulo 3: En comunidades orantes, apostólicas y fraternas
- Capítulo 4: Al servicio del Reino como educadoras



NOS SENTAMOS A LA MESA CON JESÚS

Retomamos alguno de los textos de LA PALABRA DE NUESTROS MAESTROS. Oramos juntos/as y agradecemos la espiritualidad recibida y la misión encomendada.

**SOMOS ENVIADAS/OS A COMPARTIR EL PAN E INVITAR
A OTRAS/OS**



- En nuestra vida cristiana, ¿qué nos aporta de específico seguir a Jesús al estilo de Teresa y Enrique?
- ¿Con quiénes tejemos redes compartiendo nuestra espiritualidad para responder a los desafíos de la humanidad? ¿A quiénes nos podemos abrir?
- Como familia, ¿cómo podemos vivir y ofrecer nuestra espiritualidad teresiana para responder a la sed de sentido, de esperanza, de justicia, de equidad, de felicidad... de muchas personas en nuestro mundo?
- ¿Cuál es la razón de ser de la Familia Teresiana de Enrique de Ossó? ¿Qué aporta o qué puede aportar al mundo desde su espiritualidad y misión?